

Cartas a un hijo ausente (2ª. edición revisada)
D. R. © Julio Santizo Coronado (2016)

ISBN: 978-9929-40-319-2, del libro en rústica, por Ediciones del Jazmín, Guatemala, Centroamérica

La primera edición de este libro (rústica) fue impresa por Magna Terra Editores, Guatemala, en junio de 2013. La tirada de la primera edición fue de 500 ejemplares.

La 2ª. edición de este libro fue efectuada por Ediciones del Jazmín, Guatemala. La corrección de estilo y de pruebas estuvo a cargo de Arpro, Guatemala.

Distribución gratuita. Está prohibida su venta.

Cartas a un hijo ausente

.....

A Diego
A la memoria de Marco Junio

.....

Los secretos compartidos

Lo primero que sorprende de este libro es su franqueza, su intimidad, su claridad como espejo y como prisma para atravesar la realidad. Uno se adentra en los textos como si estuviera asomándose a la cotidianidad de una casa desde el resguardo de una ventana invisible. Uno entra en un diálogo del que participa desde cierta distancia y a través del cual descubre como desde un caleidoscopio realidades sospechadas.

Cartas a un hijo ausente es, en apariencia, una reunión de epístolas que un padre le escribe a un hijo lejano. Podría por lo tanto, si no se pone la suficiente atención, considerarse que es un texto privado. De alguna manera lo es, pero el libro se construye precisamente en la superación de esa dimensión personal para alcanzar la calidad de testamento, ya no individual sino colectivo.

Y es ahí donde las revelaciones, las complicidades, los descubrimientos de este libro empiezan a ocurrir: «A decir verdad, hijo mío, escribir no es la gran cosa. Eso de ir anotando tus ideas acá y allá no es de gran utilidad para la humanidad», nos dice

Julio Santizo Coronado, o más bien le dice el autor al hijo ausente para decírnoslo a nosotros. Y más adelante: «Además, con los años irás dándote cuenta de que es más importante pagar las facturas de la casa y las comidas cuando te reúnas con tus amigos».

Quise resaltar estos fragmentos porque evidencian un hecho concreto y simple: el autor es un escritor consciente de que, además, tiene que vivir la vida con sus cargas diarias. Es alguien enamorado de las palabras, pero que sabe que estas no lo salvarán de sus pequeñas derrotas, de sus íntimos fracasos, como tampoco lo ayudarán en sus triunfos más solitarios. El autor es un hombre que ha vivido y lo que hace es contarle a un ser amado cómo ha sido esa aventura.

Los textos de *Cartas a un hijo ausente* son breves, y tienen ese tono de las confidencias, de los secretos compartidos. Nos hablan de ciertos lugares escondidos en la ciudad, de personajes que al mismo tiempo son sobrevivientes, de la escritura, de la pasión de vivir, de la imaginación, de la memoria y de la pesadilla. Escritos con la paciencia, la rigurosidad y la artesanía de un escritor, tienen esa diáfana capacidad de transportarnos nuevamente a ese lugar de donde hemos venido; es decir, a la vida.

He sido testigo, durante la elaboración de este texto, de la concienzuda labor de escritura que hace Julio Santizo Coronado. Han sido varias las versiones que he recibido de este libro. Eso que en otros ámbitos podría considerarse como una indecisión, en este de la escritura significa rigor, «reposamiento», oficio. Por eso celebro su salida al mundo. Y no es porque ya no vaya a recibir una nueva versión de estas cartas (algo que extrañaré seguramente), sino por la brutal honestidad que contienen. Un libro pleno de ternura, reflexivo, poético. Un grito en el aire para quien quiera acercarse. Yo lo hice, y no salí indemne sino un poco más humano, más bien emocionado y agradecido.

Eduardo Villalobos
Poeta y editor guatemalteco

ÍNDICE

1. Las cartas
2. El idiota de la noche triste
3. Las mujeres
4. Los edificios
5. El automóvil
6. El teléfono
7. Escribir no sirve para nada
8. Las cafeterías, las meseras y la ciudad
9. La rata
10. Un tipo de cartas muy particular
11. En medio de las manos (política, 1ª. ejecución)
12. La ficción que hay en los libros
13. El servicio de correos y telégrafos
14. Los modales
15. Allá (tarjeta postal)
16. La muerte (telegrama)
17. Los peces (memorando)
18. Los cementerios (nota necrológica)
19. La ancianidad
20. Los pensamientos y el suicidio
21. La gente simple
22. La demencia
23. Los tipos de amor
24. El tiempo
25. La soledad
26. La música
27. La política (bis)
28. Los perros y los gatos
29. El destino
30. El supermercado
31. La gente y las apariencias
32. El vacío
33. Los libros y las flores
34. Los médicos y las palabras
35. Que arree quien viene atrás
36. La torpeza
37. Los hospitales
38. Escritores y escribientes
39. La pintura
40. La mar
41. Las calles
42. Los padres y los hijos
43. La misoginia y las amebas
44. Los árboles
45. La humildad y la modestia
46. El café
47. La manía y la depresión
48. El tren
49. La ira y la calma
50. La hipocresía y la mentira

Cartas a un hijo ausente

51. La ortografía y la gramática
52. Los escritorios
53. La poesía
54. La noche y los finales
55. Los días de lluvia
56. Las aves y las palabras

.....

«LOS CUERVOS de la paternidad
dudan entre sacar los ojos
o picotear directamente
el corazón».

Alexánder Sequén-Mónchez en *El común de los mortales (Homenaje a la finitud del padre)*, Guatemala: Magna Terra, 2012, página 55.

.....

«[...] No consigo desentenderme, hijo mío, del tiempo que pasa, de la lluvia que cae, del té que bebo, del hombre con el que me cruzo por la calle, del perro aterido de frío que araña la puerta de casa, de tu memoria. Y lo que yo quisiera, hijo mío, te lo podría jurar, era no tener tantas y tantas cosas atenazándome, tantas y tantas cosas recordándome, a cada instante, que no consigo desentenderme de ellas y vivir libre. [...]»

Camilo José Cela en *Mrs. Caldwell habla con su hijo (No consigo desentenderme)*, España: Ediciones Destino, Salvat Editores, 1982, página 123.

.....

«Entonces el rey se perturbó y subió a la cámara del techo sobre el paso de entrada y se puso a llorar; y esto decía al andar: “¡Hijo mío, Absalón, hijo mío, hijo mío, Absalón! ¡Oh, que yo pudiera haber muerto, yo mismo, en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!”».

2º. libro de Samuel, capítulo 18, versículo 33, Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras

1

Las cartas

Las cartas, hijo mío, son de las más importantes cosas que puedes escribir. Son regalos que contienen una gran contradicción, ya que el papel sobre el cual se escriben puede ser tan efímero como permanente la huella que ellas dejen en nuestros corazones. En este mundo lleno de mentiras, no creas todo lo que las cartas dicen. En realidad, si las cartas estuvieran hogaño escritas como antaño, otro gallo nos cantaríamos. Pero, a decir verdad, hijo querido, con esas endemoniadas máquinas se pueden crear ahora cartas a conveniencia. Así que creo que no hay nada mejor que una carta escrita a mano. La caligrafía será tu mejor defensa (o acusación), y podrás leerla (si una copia al carbón haces de ella) una y otra vez, hasta que te hartes y finalmente la quemes. En otra ocasión te escribiré acerca de una especial clase de cartas: las de desamor.

Tu padre que te ama

2

El idiota de la noche triste

Querido hijo: transcribo, para tu aprendizaje o entretenimiento, una nota que encontré en la habitación de un viejo hotel, escrita sobre una servilleta de papel. Espero que la leas en tus noches de solitarias cavilaciones.

«¿Sabes que me gusta de ti? (Ella fruncía el ceño. Caminaba por la habitación con sus largas piernas; ella sabía que debía ser guapa para cautivarlo). Me gusta tu voz, me gustan tus ojos, me gusta tu manera de callar lo que sabes que puede hacer que yo no vuelva a tu habitación. No permitas, por favor, que él te lastime de nuevo. La próxima vez que lo vea empuñar el arma, no sé lo que haré».

Quizás ahora me prestes más atención, hijo:

«Un muchacho pasó la noche en una habitación de hotel, y mientras dormía hablaba en sueños y decía: “Ámame, no dejes de amarme”. Una noche más llegó a su vida, y defendió a aquella mujer. Pero ella se fue y lo dejó con un sabor extraño en los labios; y entonces se presentó otra mujer en su vida, una segunda, quien fue salvaje y cruel, y quiso hacer de él un guiñapo; pero aquella tercera mujer cuyo nombre fue olvidado... ella lo lanzó a los lobos».

Nota: Quisiera conocer a la persona que escribió todas esas palabras.

Tu padre que te ama

3 Las mujeres

Hijo mío, saber que has despertado muy temprano a la vida del romance me causa emociones de lo más dispares: me alegra saberte un hombre, pero me entristece pensar en tu inocencia ida.

Sé que aunque comenzaste a conocer a las mujeres siendo demasiado joven, no las entiendes del todo. Pero no te sientas mal por eso ni me juzgues mal tampoco. Quiero decirte que, en verdad, aunque vi la luz del mundo mucho antes que tú, yo tampoco termino de entender a las mujeres.

Las mujeres son, en verdad, un misterio. Sé que suena trillado, sé que alguien dijo tal cosa antes, sé que muchos han escrito sobre ello, pero quizás en eso estribe precisamente el encanto femenino: siempre serán ellas un acertijo.

Las mujeres, hijo querido, pueden ser, a pesar de lo que se diga, mucho más inclinadas al amor de Eros que nosotros. Sucede que en este mundo no todas las cosas son lo que parecen (esa frase también está demasiado trillada, pero ¡qué le vamos a hacer!). Deseo confesarte que yo también solía despertar en las mujeres emociones que las llevaban al paroxismo; sí, ¡lo digo en serio!, aunque no lo creas.

Madrugada

«La madrugada se divide en dos y una voz y un silencio se acompañan. La dulzura de la cadencia del vaivén del amor se desliza suavemente hasta el fondo del momento en que las aguas se parten, y un sofoco cruza una garganta que aspira y contiene un grito que se convierte en uñas erizadas sobre un colchón.

»Avanza la madrugada, que ahora se vuelve a unir y se convierte en una mañana de despertar en medio de oquedades y llena de dulzura que se derrama hasta el fondo del alma de un querer que no sabe de amar más que lo que los niños hacen cuando juegan y se dicen

secretos al oído, mientras se sientan en corro disfrutando de la miel del panal».

.....

¿Te enteras, hijo querido? Esa es la diferencia entre el erotismo masculino y el femenino. Ellas, lamentablemente, suelen recoger los fragmentos de las caricias con el dolor que les causamos los hombres.

Tu padre que te ama

4 Los edificios

Hijo querido, no le prestes atención al suelo. Mira siempre hacia arriba, hacia las cornisas, hacia las balaustradas, fija tu vista en los capiteles. No dejes de mirar lo que realmente importa; no dejes de pensar que todo lo que es más alto que tú —a pesar de tu gran estatura— es realmente mejor, y que siempre lo será. Piensa en eso sin perder tu autoestima. Esa es una lección de humildad que te enseñan los edificios.

Y que conste en estas líneas que no hablo de aquellos que tienen más de dos plantas.

Tu padre que te ama

5 El automóvil

Hijo, tú nunca aprendiste a conducir de la manera que yo lo hice. ¿Recuerdas aquel automóvil verde, verde como las hojas que caían dentro del canal de hojalata cada vez que llovía, y que llegaban al suelo cuando las arrastraba el agua?

¿Acaso no has pensado, hijo mío, que el diseñador de cada artefacto hecho para facilitarnos la existencia nunca tuvo maestro que le enseñara a usar su propio invento? Puedes conducir, navegar y volar si tan solo lo deseas. Además, si lo que te gusta es leer —otro mal hábito, y muy mal comprendido además—, lo mejor que puedes hacer es tomar todos los días el autobús. Aunque, de todas maneras, llegará el día en que dejarás esa mala costumbre también, tal como sucede con todo. Me refiero, por supuesto, a la lectura.

Tu padre que te ama

6 El teléfono

El primer teléfono que acogió mi voz y me envió la de un amigo, la de mi padre o de mi madre, fue un viejo Siemens gris. El cordón que lo unía al resto del mundo parecía un lazo, pues estaba trenzado de la manera en que suele hacerse con la cabuya para que esta resista los embates de las fuerzas que tratan de dividir las cosas que con ella se atan. En aquellos días era emocionante llamar a los amigos, pues un lazo nos unía al hablar; además, esa cuerda se extendía por decenas, cientos, miles de metros.

Hoy tienes, hijo querido, un teléfono móvil (aunque creo que quien se mueve eres tú), al que por bárbaras influencias llamamos celular en América. El tuyo, hijo, es muy complicado. No termino de entender para qué sirve cada uno de sus botones y todos los artilugios que le conectas.

La comunicación podría ser fantástica ahora, pues puedes en estos días llevar tu teléfono a lugar cualquiera. Pero, francamente, a mí no me agradan esas cosas. Quizás porque ya no tienen los lazos de los que te he hablado, los lazos que nos unían al llamarnos unos a otros; quizás porque aunque vives lejos, allá donde lo nominan móvil y no celular, bien podrías llamar de vez en cuando.

Seguramente, la ausencia de tu voz se debe a la falta de todos esos cordones. Porque aunque siempre llevas ese teléfono contigo, nunca me haces una llamada siquiera.

Tu padre que te ama

7 Escribir no sirve para nada

A decir verdad, hijo mío, escribir no es la gran cosa. Eso de ir anotando tus ideas acá y allá no es de gran utilidad para la humanidad. No se ha escrito aún un libro que sea comestible. La celulosa es de imposible digestión. Es por eso, y por muchas cosas más, y porque no deseo que tú te conviertas en un hurraño petulante con aires de sabelotodo, que no te insto a adoptar el oficio de escritor (aunque todo apunta

a que ya lo eres, y muy bueno; escritor, quiero decir). Además, con los años irás dándote cuenta de que es más importante pagar las facturas de la casa y las comidas y los tragos cuando te reúnas con tus amigos.

Hijo, hazme caso, te lo ruego, deja de escribir tanta tontería, y, sobre todo lo demás, desiste de leer esos bobos libros de historias de caballería. Ten en cuenta toda tu vida lo siguiente: deja de actuar con galantería delante de las muchachas. Te aseguro que eso solo te creará problemas. Además, no te amarán más que por las cosas que escribes, y, para tal propósito, ya suficiente tenemos con tu madre.

Tu padre que te ama

8 Las cafeterías, las meseras y la ciudad

Hijo querido, hace ya bastantes días que te escribí. He dejado que el tiempo transcurra por una sencilla razón: noviembre estaba todavía presente en mi ánimo, y tú sabes que eso no es bueno para mi frágil corazón. Hoy te hablaré de tres cosas importantes.

Antes que de cualquier otra cosa, te hablaré de la ciudad, de esa que yo llamo gris, y no porque no haya árboles en ella, sino porque esa es la manera en que se conducen sus moradores: punto intermedio entre la ausencia de color y de todos los colores del arcoíris.

Te escribo hoy, además, porque me parece justo decir que la ciudad es muchas cosas para muchos, y es lo mismo a la vez para todos. Tú, que conoces a Payeras, ese joven escritor, sabes que yo no creo en el limbo¹ (aunque el limbo sea gris), y que tengo la certeza de que el infierno es un cruel mito; y que, aunque sí creo en el cielo, nunca lo cambiaría por seguir viviendo con los pies sobre la Tierra y, además, sé que jamás iré allá porque no fui hecho para él.

Lo segundo que deseo mencionar es a las meseras. Bueno... ¡qué te diré! Yo salí unos meses con una rubiecita que me servía el café en el mismo restaurante de comida rápida que puedes encontrar en el Limbo de Payeras. Fue hace tanto tiempo que ya he olvidado el nombre de ella, pero no sus ojos color de

¹ Alusión a *Limbo*, novela de Javier Payeras. Novelista, poeta y ensayista guatemalteco (1974)

miel (y no he olvidado tampoco que nunca aprendió a besar muy bien).

En cuanto a las cafeterías, bueno... no tengo nada más que agregar a lo que tú conoces. Tú sabes cuánto me gusta el café, y que es uno de los placeres que por ósmosis genética te heredé, si tal cosa es posible. De hecho, mientras te escribo estas líneas, lo bebo en uno de esos odiosos lugares de *fast food*, pero aclaro: no se trata del mismo que menciona el escritor que recopila el caos y lo ordena.

Sin embargo, como allá es más barato —y puedes beber todo el que quieras—, y como el ruido se me hace insoportable ya en este sitio, iré sin dilación a una de las sucursales esas. Pero no aquella del Centro Histórico, la del Limbo de Payeras, pues tú sabes, hijo querido, que yo vivo desde hace muchos años —casi toda mi vida en realidad— acurrucado entre el centro y la terrible periferia de esta gris ciudad. Lee el libro de Payeras, te gustará.

Tu padre que te ama

9

La rata

Querido hijo, tuve un sueño. Soñé que volaba y que, de un momento a otro, de manera repentina, empezaba a precipitarme a tierra rápidamente. Caía cada vez con más rapidez, y veía cómo el suelo se acercaba más y más a mí, hacia mis ojos; hasta que finalmente di de manera brutal contra el suelo, y todo se tornó oscuro.

Grité al despertar. Una rata se encontraba entre las sábanas. La ahuyenté con mis gritos. Entonces supe que debía matarla. Empecé la persecución y desde ese día he corrido tras ella, durante años, a lo largo de la mayor parte de mi vida. Todavía voy tras ella. Voy tras la miserable rata. Todavía no he podido atraparla. No uses cebo para ratas, en realidad no sirve para nada.

Tu padre que te ama

10

Un tipo de cartas muy particular

Hace muchos días, querido hijo, aseguré que te escribiría algo más acerca de las cartas. Tal como lo prometí —francamente, sigo

entrenándome en el arte de cumplir promesas—, te escribo hoy sobre las cartas de desamor. Para que de esto te hagas una mejor idea, anotaré aquí, y solo para ti, una historia que podría interesarte, una de esas cartas:

*«Corazón mío, sé que nunca podré llenar con mis besos
el vacío que dentro de tu cruel alma mora,
y que las rosas que me diste se marchitan al igual que tu
amor...»*

¿Te has dado cuenta, hijo mío, de cuánta cursilería destilan las cartas de las cuales te hablo? Por eso, hijo, esa de la cual he hecho una copia al carbón no es una carta de amor, aunque lo parezca; es una epístola del apóstol del desamor, de las que se escriben cuando el corazón se hiela y tan solo quedan los huesos para quemar como la yesca.

Nota: Por esa razón, hijo mío, fue precisamente que te recomendé dejarte de boberías y alejarte de las chicas casquivanas.

Tu padre que te ama

11

En medio de las manos (política, 1a. ejecución)

¿Te acuerdas de Ignacio, hijo querido? Sí, ese que te abrazaba cuando eras solo un pequeñín. Él dice: «Ser de derechas es ser utilitarista, ser de izquierdas es ser humanista; ser de derechas es ser pragmático, ser de izquierdas es ser soñador; ser de derechas es ser Sancho Panza, ser de izquierdas es ser don Quijote». Y a todo eso, el buen Ignacio agregó una breve lista de colores y otros adjetivos. Sí, eso piensa la gente como Ignacio.

Como sabes, me declaro apolítico. Aunque, pensándolo bien, he sido un poco de izquierdas y un poco de derechas (aunque tales términos estén trasnochados en este caótico mundo). Eso sí, lo he sido, no por decisión ni por arribismo, sino por mi gran torpeza. Ah, y olvidaba decirte: en todas partes se cuecen habas, y estas son del mismo color a donde vayas: verdes, no son de los colores de los cuales hablaba Ignacio, el buen Ignacio.

Nota: Hijo, por favor, nunca juegues a la política.

Tu padre que te ama

12

La ficción que hay en los libros

Leo hoy, hijo querido, una novela del *caotismo existencial* guatemalteco, una novela de Echeverría², ese hombre que fue un joven y dejó de serlo, me parece, demasiado pronto. Creo que nunca te he dicho que yo solía observarlo cada vez que pasaba delante de mí. Veía su espalda, y no puedo dejar de pensar en el agujero que había en una de sus camisetas. Tampoco puedo dejar de pensar en que, aunque siempre me saludaba con amabilidad, nunca se excedía con las palabras.

La poesía, hijo querido, se parece a las novelas en que en ambas se esconden secretos, y los escritores son los mayores mentirosos del mundo, o quizás las personas que con más premura necesiten revelar sus mentiras y a la vez quieran hacer lo mismo con sus secretos, pero con la elegancia de la mayor de las mentiras, esa que en literatura suelen llamar *ficción*.

Una aspirante a mujer me llamó hipócrita en cierta ocasión, porque aunque al principio todo lo que me decía parecía un juego, el *cache-cache* se tornó peligroso (pensé que quizás yo nunca volvería a encontrarme a mí mismo).

Así que, como ya me estoy volviendo viejo, me deslicé a un costado e hice *mutis* por la derecha. La perplejidad que le causó mi reticencia por desembocar en el bajo sumidero de la disolución la llevó a la ira, la que entonces desencadenó mi propia iracundia: ese era el resultado ineludible. Nada más podía salir de sus labios.

Yo, por mi parte, querido hijo, solamente fui un mentiroso que sabía que lo era, pero que se resistía, como suelo hacerlo desde hace algún tiempo (quizás desde siempre, para ser menos mentiroso), a seguir siéndolo, y ella... ella de nada se entera, como bien dicen en aquel lugar allende el Atlántico, donde tú vives ahora. Es a eso, querido hijo, a lo que llaman el juego del revés, y esa es la razón por la cual me alegra que no seas poeta (aunque en ciertas ocasiones suelo recomendarte escribir poesía).

² Maurice Echeverría. Cuentista, novelista, poeta y periodista guatemalteco (1976)

³Tata Lapo, sobrenombre de Serapio Cruz, caudillo militar guatemalteco (?-enero de 1870). En Guatemala, cuando algo o

Así pues, hijo mío, los libros no vienen de Urano, tenlo por seguro, no son producto del azar. Son solamente formas de mentir, o de decir que así piensas o así sientes, pero «soy otro y, sin embargo, esta es mi realidad». Los libros de ficción científica son superiores a todos los demás, porque son deseos que se transmutan en verdades, porque son posibles futuros y no pasados ocultos ni presentes frágiles e inciertos.

Tu padre que te ama

13

El servicio de correos y telégrafos

¡Ah, querido hijo! Ya quisiera verte en la diligencia camino hacia Amatitlán, o en mangas de camisa y percutiendo con habilidad pasmosa el telégrafo hasta que le robaras una sonrisa al señor Morse. Así es, hijo querido. De esa manera se hacían las cosas luego de los tiempos de Tata Lapo,³ a partir del año 1871, cuando la vida, aunque agitada por revueltas políticas que nunca han faltado en este país (y el mundo entero), era para el común de los mortales una estancia apacible y sosegada en los hogares mientras se esperaban las cartas de los seres amados. ¡Ah, días aquellos cuando se fundó el Servicio Nacional de Correos y Telégrafos!

La belleza de los grabados de los sellos postales siempre me ha fascinado. ¿Conserva tu madre mi colección de estampillas? Espero vehementemente que te las dé como herencia, si se encuentran aún en su poder, y ojalá que te las entregue dentro de un álbum que haya conservado en el interior de un armario para que no se estropeen.

Cuán elegante te habrías visto, querido hijo, en una agencia del servicio de correos, pulcramente vestido y matando sellos, enviando cartas de amor o telegramas con despachos para grandes potentados, o la nota que anunciase la deposición de un malogrado plenipotenciario.

¡Ah, querido hijo! Tendrías el poder de la vida y de la muerte en tus manos, el mucílago de la verdad en tu lengua, y no podrías alterar ni un ápice de una carta

alguien son antañones, se dice que datan de los tiempos de Tata Lapo.

sin emborronar la escritura. Bien sabes cuánto extraño el papel ligero y los sobres del correo aéreo.

Tu padre que te ama

14

Los modales

Hoy fue un día lleno de vacíos y hueco de llenuras. Sí, hijo querido, hoy comí muy bien en el restaurante a donde siempre he deseado llevarte. El *jazz* flotaba en el ambiente, lo que le daba al refectorio un toque encantador, como esos que a ti te gustan y sin embargo desdeñas cuando estás en público.

Hijo, si has tenido problemas para relacionarte con tus semejantes, tal cosa no es difícil de entender: mi larga ausencia y mis genes, en los que relumbran los rescoldos de las brasas de mi leve pero importante autismo, mis manías y mi intermitente remedo de Asperger, todos ellos dejaron una imborrable huella en tus aminoácidos.

Así pues, no te culpaba cuando, siendo chico, sorbías la sopa, hablabas sin parar, llamabas a todos idiotas y, con todo, te refugiabas más tarde en tu madre. Esos pueriles inconvenientes, empero, se consideran graves defectos en la edad adulta. Eso así será aunque no seas culpable en absoluto de llevar a costas tal terrible carga que yo te he impuesto.

Como tú sabes —y muy bien, he de decirlo—, tu abuela me inculcó desde temprana edad levantarme ante las canas, dar los buenos días y las buenas tardes a todo mundo por la calle; y sentarme derechito, muy quietecito a la mesa a la hora de las comidas. Sin embargo, todos estos años de formación transcurrieron en vano. Se debió a una razón que escapaba de mis manos, de mi corazón y de mis grandes esfuerzos mentales: nunca dejé de ser un mocoso.

Tu padre que te ama

15

Allá (tarjeta postal)

«Allá no cae granizo, lo que cae es puro sol». (Enviada desde Nicaragua)

Tu padre que te ama

16

La muerte (telegrama)

La muerte no es nada más que permanecer dormido sin soñar.

Tu padre que te ama

17

Los peces (memorando)

Tú solías decirme, hijo querido, que tenías memoria de pez. Explícame eso, por favor. He olvidado por qué lo decías.

Tu padre que te ama

18

Los cementerios (nota necrológica)

«**cementerio.** (Del lat. tardío *coemeterium*, y este del gr. bizant. *κοιμητήριον*; propiamente 'dormitorio'). **1. m.** Terreno, generalmente cercado, destinado a enterrar cadáveres».

¿Ves cuánta razón tengo? La muerte no es más que dormir, pero sin soñar.

Tu padre que te ama

19

La ancianidad

Los años del invierno no son los mejores, como algunas personas mal informadas o poco realistas preconizan, querido hijo. En realidad, son años de terrores, silencios y sobresaltos. Cuando uno es joven —eso tú bien lo sabes—, los árboles te parecen fuertes, altos, robustos... los nomina con todos esos adjetivos. Cuando envejeces dices: «Pobre, ¡pobre viejo árbol! Está cubierto de plantas parásitas, y los pájaros carpinteros lo han horadado».

Y los árboles aguardan, como nosotros, el frío del invierno, el hacha bienhechora o la benevolencia del carpintero, con la esperanza de no acabar siendo simple leña y ser entonces arrojados al fuego.

Yo, hijo querido, quisiera que tú me cortaras en pequeños trozos y que por un largo tiempo me usaras

para cocer tu pan en el horno, o para darte el calor que necesites cuando llegue tu propio invierno.

Tu padre que te ama

20

Los pensamientos y el suicidio

1

He averiguado finalmente, querido hijo, por qué lees con tanta avidez. Cuando lees, los espacios de éter que hay en medio de cada uno de tus pensamientos se llenan temporalmente de esa materia parecida a las esponjas marinas. Eso sucede hasta que, un día, te das cuenta de que los pensamientos se han extendido demasiado, y hay que hacer espacio; entonces escribes.

2

El suicidio, hijo mío, no es ningún pecado imperdonable, como los cobardes han querido hacernos creer. El suicidio es solamente una manera de cerrar la puerta con llave y asegurarnos de que hemos apagado las luces y hemos cerrado todos los grifos.

Tu padre que te ama

21

La gente simple

Los moralistas, hijo, siempre te dirán que la vida debe ser austera y, sin embargo, quienes afirman de sentenciosa manera tal cosa simplemente buscan monaguillos y ayudantes que recolecten los diezmos. Así efectúan aquellas exacciones con las que podrán vivir de una manera que les permita ser «holgadamente austeros».

Ahora bien, te ruego perdonar mi digresión, pues no es de moralistas de lo que deseo hablarte, sino de la gente simple. Creo que nunca he llegado a conocer ni a diferenciar con claridad a las gentes que viven en la simpleza, pero puedo darte alguna pista para reconocerlas: me parece —temo ser taxativo en cuanto a esto— que los simples creen ser el centro del universo. No puedo decir más al respecto, hijo querido. No

confundas la sencillez con la simpleza, ni la búsqueda sincera de la verdad con la mojigatería.

Tu padre que te ama

22

La demencia

1

Esta carta te resultará sumamente escabrosa, querido hijo. Escribirla lo ha sido y leerla lo será más, de ello estoy seguro. Esta mañana me he enfundado en fármacos. He leído a un poeta que asegura que el Gigante de la depresión no puede aplastarlo. Y añade: «Esta vez / trataré de humillarlo / —químicamente»⁴.

Yo, por el contrario, hubiese escrito «sintéticamente». Tú me entiendes, hijo mío, ¿verdad? Eso es demencia, seguramente lo has notado. Ah, querido hijo, recuerdo cuando finalmente decidiste abandonar mi compañía a causa —dijiste— de mis trastornos mentales.

2

A veces, cuando camino por la ciudad, no reconozco las calles viejas. Veo a la gente y puedo asegurar que sé lo que piensan. Piensan en mí. Adivino sus intenciones. Sé que los confabuladores de cociente intelectual mediocre (lo cual pienso debido a mis delirios de grandeza, aunque muy pequeño soy) me insultan —lo sé, puedo escucharlos—, y sin embargo me saludan cuando los veo por la calle. Eso me confunde todavía más.

Una película me da nuevas ideas para cometer asesinatos en serie, y a veces me veo descuartizando a gatos y perros. No apago las luces por la noche porque le temo a la oscuridad. Sé que alguien me observa desde la puerta entreabierta del cuarto de baño, hasta donde vuelo de espaldas, viendo al cielo raso, para entonces regresar violentamente y caer de golpe sobre mi lecho.

Es entonces, hijo querido, cuando despierto, veo el reloj... las cuatro y media de la mañana. Claro, eso sucedía cuando las brujas pentecostales celebraban su aquelarre. Hoy, en cambio, despierto al alba, bebo

⁴Sequén-Mónchez, Alexander; «Prozac», En *El común de los mortales*. Guatemala: Magna Terra editores, 2012, página 16.

café (como siempre), escribo, vuelvo a la cama y pienso en los procesos químicos de los neurotransmisores que se requieren para que me angustie al ver el asesinato de un niño, la mutilación de una adolescente, la pobreza de un indigente, el abandono de un anciano.

3

Un demente no deja de distinguir el bien del mal, hijo mío. Nunca alegues demencia después de cometer un asesinato o cualquier otro delito grave. Es probable que ganes el juicio, pero perderás tu dignidad. Admite, sin ambages, que quienes no estamos cuerdos también distinguimos el bien del mal. De hecho, nos duelen más las diferencias que existen entre el bien y el mal, hasta las más sutiles, esas pequeñísimas diferencias que se escapan de la atención de la mayoría de los mortales.

Hay días en que me siento otro, y sé que no lo soy. Y cuando me veo al espejo y sé que soy el mismo digo en voz baja que me duele el mundo cada día más. En fin... espero que estas notas te ayuden, querido hijo, a mantener tu demencia en los límites del autoconocimiento, y que eso te sirva para caminar por las calles inadvertido, y que puedas así vivir en paz.

Tu padre que te ama

23

Los tipos de amor

1

Con toda seguridad —esto lo afirmo sin temor a equivocarme, temor que me acompaña la mayoría de las veces— a tu corta edad, hijo querido, solamente has conocido una de las cuatro formas del amor.

No niego que *eros* sea un beneficioso mucílago que nos lleve a la exultación y el paroxismo. Sin embargo, a mis años y con mi prematuro invierno a cuestas, pero cubierto de hojas otoñales, aprecio más un libro, una película, o simplemente la paz y la calma que me da observar a mis perros mientras duermen sobre la alfombra tendidos junto a mi lecho.

Quizás eso se deba en parte a que agoté mi primavera en banalidades y llegué con el tiempo a

convertirme en un potencial misógino y asesino de mujeres. ¡Uno nunca sabe!

La relación más tristemente fructífera del amor la sostuve con una mujer que amaba el café tanto como yo, y que se sentaba largas horas, hasta el atardecer, con un libro entre las manos. Eso sucedió cuando yo era todavía un joven. No hablábamos, ¡pero cómo nos amábamos y divertíamos! Empero, tengo que decirte un secreto que he guardado todos estos años: ¡*Eros* mató a ese amor!

Hijo mío, no quisiera que tú pensaras más de lo que debieras sin haber sido testigo presencial de los hechos o narrador omnisciente de mis enredos.

2

Existen —las he conocido, y a muchas— mujeres que se ufanan de sus logros intelectuales y, con todo, han sido esclavas de *Eros*, leales a un abusador y, a la postre, dominadas y engañadas por sus propios deseos, e incapaces de comprender por qué un hombre se empeña en vivir una existencia sosegada y negarse a ceder a sus edulcorantes palabras y ofrecimientos.

Te advierto, querido hijo, que de ese tipo de mujeres nunca podrás ser un verdadero amigo, y te dirán que te admiran y te elogiarán millones de veces, solamente para tener ayuntamiento carnal contigo. Despertarás su hedonismo y su secreto onanismo, y te colmarán de obsequios y favores. Pero el día que rechaces sus ofertas y no quieras ir más allá de los halagos, te llamarán cobarde; y las que estén casadas negarán ser adúlteras y volverán al tálamo, hablarán bien de sus maridos y de sus clubes eclesiales domingueros.

3

Cuando un amigo nunca te hable de su novia o de su esposa, hijo querido, simplemente no preguntes. No vale la pena perder el valioso tiempo que les puedes dedicar a las ideas propias, a las ideas profundas de otros o a las buenas palabras de tus amigos.

4

Algo se debe admitir, sin rodeos y sin hipocresía, y es que hasta Salomón cayó víctima de sus amorosos enredos al final de su vida, y de nada sirvió tanta sabiduría. Así que muchas cosas decir podría, pero uno no está de nada exento. Por tal razón, y para que

Cartas a un hijo ausente

estés prevenido con suficiente antelación, querido hijo, te explico cuáles son las cuatro clases de amor, a fin de que te encuentres advertido y mi conciencia pueda estar tranquila. Allá tú y lo que quieras hacer con todo lo que te digo.

El más básico de los amores es *eros*. Este, amado hijo, se basa en la atracción sexual y no requiere muchas explicaciones, porque es un amor que se genera de manera espontánea y es de fácil adquisición y sumamente combustible.

Existe aquel amor que se basa en los lazos consanguíneos, ese es *storgué*, y suele ser muy poderoso e inclinar, en ocasiones, a las lealtades en dirección incorrecta.

Cuando amas a un amigo, cuando se entabla una amistad que se basa en el aprecio mutuo, entonces hablamos de *filia*. Y ese amor es duradero si se cultiva.

Pero existe uno mayor, uno que rebasa a todos los demás; se trata de *agape*, el amor que se basa en principios, y el cual deja de lado cualquier sentimentalismo. Eso sí, no te confundas: el amor basado en lo justo no es frío en absoluto. Es, en realidad, mayor que todos los demás, porque trasciende y va más allá de lo que irremediamente, con el tiempo, se agota y se desgasta, como sucede con la belleza y la flor de la juventud. Esa clase de amor nace de la mente, los demás nacen del traicionero corazón.

Nota: No te des por vencido, por favor, querido hijo; sí existen mujeres buenas, mujeres que ponen en primer lugar el amor basado en principios, pero son, al igual que tú y yo, simplemente imperfectas.

Tu padre que te ama

24 El tiempo

Esta carta, hijo querido, tiene un solo propósito: convencerte o, mejor dicho, persuadirte a creer en la inexistencia del tiempo. Antes de que todo fuese, existía ya el Hacedor de la vida (sé que te inclinas al descreimiento, pero eso no es relevante ahora ni obsta para que tú sigas leyendo).

«Desde tiempo indefinido hasta tiempo indefinido» es una expresión didáctica que sirve para dar

a entender a quienes hemos tenido principio y somos finitos lo que significa ser eterno. Y si alguien ejerce dominio sobre la eternidad, sería, por tanto, el Soberano de ella. Así que ¿existe para Él el tiempo? ¿No es acaso esa, hijo querido, razón más que suficiente para entender lo que la gran paciencia significa realmente?

Así pues, cuando vas de acá para allá preocupado viendo tu reloj, sumido en la clepsidra de tus días —¡ay, hijo mío!—, lo único que haces es medir con un cordel tu existencia, y nada más. Pero antes de que fueses, y cuando dejes de ser, la eternidad seguirá allí, contigo o sin ti. Por lo tanto, amado hijo, no te afanes; el tiempo no existe, el tiempo no es más que una palabra.

Tu padre que te ama

25 La soledad

Siempre amaste la soledad, hijo querido. La amabas, excepto cuando los gatos maullaban por las noches. Con el tiempo amaste a los gatos y maullaste como ellos: en soledad. La soledad, hijo mío, es que te digan que terminas las cosas antes de empezarlas. La soledad es también que camines por las calles y te apunten con el dedo, mas no te tomen en serio.

Estar solo en estos tiempos es mejor que cualquier otra cosa, pero es a la vez terrible, porque los hombres fueron creados gregarios, pero los hombres también obligaron a otros hombres, con su envidia y su ignorancia, a convertirse en lobos solitarios que se apartan de la manada.

Yo siempre he amado la soledad, pero a veces la traiciono, y entonces adopto, incluso, el acento de mis interlocutores. Al final, cuando decido sonreír, me envuelvo en la cubierta que lleva mi verdadero color. Y eso no les agrada a muchos.

Es entonces cuando vuelvo a cubrirme del gris de las nubes del verano, porque el color del plomo no representa nada acuoso en abundancia como algunos suelen afirmar. Solamente es el producto de la sombra que la misma altura de las nubes proyecta sobre la parte más baja de ellas y que impide que los demás vean lo que se encuentra mucho más allá, por encima de su mirada.

La soledad es buena si la compartes contigo mismo. La soledad es buena si aprendes a disfrutar de tus pensamientos y a gozar de los momentos dulces cuando escuchas tu propia voz dentro de tu cabeza, y cuando esta te dice que todo está bien.

Empecé mi vida a solas un día de otoño, un día sumamente frío. Quizás sea esa la razón, hijo querido, por la cual me gusta la soledad. Porque la soledad es fría por fuera, pero tibia por dentro, en el tuétano del alma.

Tu padre que te ama

26 La música

Cuando yo no era más que un crío, solíamos visitar con tus abuelos, hijo querido, una tienda de discos que endulzaba mis prematuramente académicos oídos. Nunca accedí a estudiar música siendo niño, pues tú sabes cuán poco disciplinado soy para tomar lecciones de sea lo que sea.

Sin embargo, hijo recordado que descansas en una silla mecedora allende la mar, siempre llevé un músico por dentro. Te recomiendo, a fin de que la música tenga en ti un efecto terapéutico, que no la estudies. Límitate a sentirla, y aléjate de los sonsonetes facilones y del ruido que los jóvenes de hoy usan para aniquilar sus neuronas luego de violentar las puertas de su mente: sus tímpanos.

Tu padre que te ama

27 La política (bis)

En los días del otoño te escribí, hijo mío, una carta torpe, muy torpe; la redacté a trompicones. En ella te dije algunas cosas que pude haber expresado con mejor tino.

Te aseguré, hijo mío (y perdóname por considerarte una propiedad, pero esto es algo ineludible y que a la larga se vuelve una costumbre), que algunas veces me incliné por el pragmatismo —y diría que hasta el utilitarismo—, y que en otras ocasiones me comporté como iluso humanista.

He rumiado mis pensamientos y me he dilatado en hacerlo, y he llegado a la conclusión de que lo que

siempre ha punzado con crueldad mi corazón es la deleznable injusticia, así que reitero hoy —insisto, para que no te quede duda alguna—: soy apolítico, aunque no un anarquista extremista, sino más bien un moderado francotirador que sube empinadas colinas.

Tu padre que te ama

28 Los perros y los gatos

1

Los perros, querido hijo, son seres dotados de instintiva empatía, son instintivamente sabios. Se diría que son los filósofos del mundo animal (siempre se ha dicho que lo son los búhos, tecolotes, lechuzas y mochuelos, pero esa es una idea caduca y anterior a la posmodernidad).

2

Si te llenas de ira, si la iracundia rebasa tus casillas y ya no cabes más en ellas, un perro buscará prudentemente una cama o una mesa debajo de la cual capear la tormenta, y saldrá cuando el sol brille de nuevo en tu corazón.

Si algún día te deprimes, un perro colocará su lomo contra tu espalda y descansará contigo sobre tu cama. Resoplará de vez en cuando (lo que se parecerá a un suspiro), y en el instante en que salgas de la laguna, del pantano o del marasmo, se lamerá las patas, se morderá las uñas y te seguirá a la cocina.

Si un día olvidas darle de comer o no de llevarlo a pasear, observará su plato, olisqueará su correa y moverá el rabo.

Si un día te enfadas brutalmente, hijo querido (te suplico que no lo hagas a menudo), y olvidas la templanza, él volverá humildemente a ti cuando tú hagas otro tanto, y humanamente te lamerá la mano.

«¿Y qué hay de los gatos?», te preguntarás. De esos no necesito hablarte, yo soy hombre de perros, tú lo eres de gatos.

Tu padre que te ama

29
El destino

1

El destino, hijo querido, es el punto aquel al cual quisieras llegar, pero que jamás resulta ser tal como lo habías imaginado. Sé que tú rechazas todo contacto con adivinadores, pronosticadores y espiritistas nigromantes, y desdeñas sus prácticas y enseñanzas, ¡y haces bien!

Me gustaría que, ya que te inclinas al agnosticismo, supieras que si el dios del *fátum* estableciera nuestro sino desde el inicio de nuestra existencia o, todavía peor, antes de nacer, todo acto de prudencia carecería de sentido. No importaría tratar de no beber en exceso, ajustarse el cinturón de seguridad, dejar de fumar dos cajetillas diarias o no llevar una vida promiscua, ya que si para morir de cirrosis, aplastado contra el asfalto, de cáncer o de sida hubieses sido previamente dispuesto, cualquiera que fuese suficientemente listo pensaría que el ciego Destino, o el Dios al que todos dicen adorar y respetar no sería más que un ser malévolo, artero y taimado que, sin importar lo que hagas, te obligará a comportarte estúpidamente y entonces a infligirte un insoportable castigo. Y tú, hijo querido, siempre fuiste muy prudente.

Estaría de más llevar tu vegetariana dieta (que tan poco me atrae) y, por supuesto, yo no podría negar que tu descreimiento tiene bases sólidas, y sería comprensible e innegable que tú y todo ser inteligente piensen que creer en tal dios —que algunos llaman Fortuna, Azar, o dios de la Buena Suerte (la que le desean a cuanta persona encuentran en la calle)— es una verdadera tontería.

2

Hijo querido, si el Dios verdadero les dio libre albedrío a los hombres que dicen creer en Él, ¿por qué se empeñan estos en afirmar que es Ese quien maneja sus vidas a la manera de esos dioses de los cuales te he hablado, y, además, en buscar agujeros en el poso del café y en los restos de las hojas del té, y a los cuales Aquel mismo se opone?

Yo te responderé, hijo mío: los seres humanos necesitan culpar a alguien de los resultados de una ineludible verdad: ninguno de ellos tiene el valor para

admitir que carece de la suficiente sabiduría —ni un ápice siquiera— para dirigir sus pasos ni para llegar al punto exacto al cual quisieran arribar al final de ese incierto viaje que llaman vida. Y, además, hijo que bien haces en no creer en la suerte, a nadie le gusta hacerse responsable de los resultados de sus actos.

Tu padre que te ama

30
El supermercado

Cuando el desasosiego me invade, cuando no puedo estar quieto, voy al supermercado. Al recorrer los pasillos, hijo querido, recibo una lección de economía básica. Noto con desconcierto que el dinero no alcanza para nada. Aprendo que es mejor comprar ciertas marcas que, a la larga, no son peores que aquellas más famosas, pero más caras.

Además, hijo mío, he aprendido que siempre se ha de comparar cantidad con precio, pues cosa engañosa es esa falsa correspondencia y, ¡de los colores de los embalajes y de los empaques ni hablemos! Los publicistas tratarán siempre —sobre todo los que afirman ser dueños de la ética y no ser para nada mentirosos— de engañarte, como si fueses un niño, con los colores brillantes y primarios.

Hijo querido, nunca pongas un producto que no llevarás a casa en un sitio que no le corresponda. Déjalo todo en el lugar donde lo has hallado. Acomoda las carretillas y las canastas de forma prolija, jamás sin ton ni son, con el desconcierto de los que piensan de inarmónica manera y roban de los anaqueles. Hacer todo eso, empero, impide en ocasiones que llegue a mí la cura para el desasosiego.

Nota: Diles, por favor, a los gerentes de los supermercados que etiqueten todo correctamente, ya que el cuscús no es arroz, sino sémola de trigo.

Tu padre que te ama

31
La gente y las apariencias

A todo el mundo le preocupa su reputación, querido hijo. Sin embargo, con los años te darás cuenta de que aunque labrarse un buen nombre

es cosa deseable, las consecuencias de lo actuado en el pasado son ineludibles. A la postre, es mejor no afligirse demasiado por el qué dirán. Si un día te endilgan tus errores, hijo querido, no niegues nada (o guarda silencio).

Al final de cuentas, quienes piensan así y se preocupan solamente por mantener una fachada agradable son los mismos que te dirán que no tienes por qué evitar el trato con los que te rechazan y te envidian, y son precisamente quienes un día te tratarán con desdén cuando vuelvas a equivocarte, y te alabarán hasta el hartazgo cuando quieran ocultar, detrás de sus melosas palabras, los celos que llevan en su corazón.

Tu padre que te ama

32 El vacío

Cuando abrí los ojos esta mañana, hijo querido, tuve una extraña percepción. Descubrí gracias a ella que el vacío no es el espacio que existe entre los astros del infinito, sino la sensación que te causa despertar y pensar en la actitud de la gente de este mundo.

Tu padre que te ama

33 Los libros y las flores

1

Con los años, que no han sido más que cotos en el campo de mi existencia, querido hijo, he aprendido que lo mejor que puedes obsequiar son flores y libros.

Al hacerlo, ten en cuenta lo siguiente —en caso de que desees imitar mi actuar—: nunca obsequies un libro que no hayas leído. Con el tiempo, hijo mío que flotas ligero en mis recuerdos, podrías experimentar el gozo que causa regalar libros de tu autoría.

2

Las flores son otra cosa, una muy distinta, y debes ejercer especial precaución en este punto, y tener mucho cuidado con a quién las entregas y qué razones te mueven a hacerlo.

Nunca obsequies flores a una mujer solamente como un acto de gentileza; sobre todo si crees que es una mujer hermosa o si la encuentras atractiva, pues con toda seguridad ella pensará en ti como objeto de amor romántico y no como el amable caballero que persigues ser.

3

Tanto las flores (emperifolladas hortensias, elegantes rosas, serenos claveles o dulces margaritas) como los libros, son objetos peligrosos si caen en las manos inadecuadas. Empero, te prevengo firmemente sobre dos clases, más que todas las demás: los libros de poesía y los jazmines. Y cuando te cases, nunca dejes de escribirle poemas a tu esposa ni de llevarle flores.

Tu padre que te ama

34 Los médicos y las palabras

He conocido, hijo mío, a lo largo de mi breve pero variopinta existencia, a muchos médicos. Uno de ellos fue especialmente rudo conmigo —¡y justicia hay todavía en el mundo, hijo querido!—, quien pasó de ser jefe de hospital a médico rural (aunque tal nominación no le resta dignidad a nadie, él sufrió mucho debido a su hinchado ego).

Otro médico me dijo, con burlona expresión, cuando por exceso de trabajo mi salud se deterioró, que yo no tenía remedio y que solo la muerte me esperaba. Me hizo llorar, pero no porque yo temiese dejar de existir. Temía que todos los que me rodeaban se quedaran solos y que tú estuvieras en la vida sin mí. Eso me mantuvo vivo; de ello seguro estoy.

Cuando tú eras tan solo un bebé, querido hijo, un médico poco avezado diagnosticó tu varicela como una sencilla alergia, y nada más. ¡Cuánta razón tuvo tu madre al desear decapitarlo!

He llegado, por lo tanto, hijo que te escondes en la penumbra de tu propio olvido, a concluir que la palabra —el poema, la novela, el cuento o el relato— pueden ser más sanadores u obrar como unguento eterno en las heridas de nuestro corazón. Los pacientes de los médicos, por el contrario, algún día habrán de sucumbir a la muerte, aunque temporalmente sean sanados.

Cartas a un hijo ausente

Nota: Me alegra sobremanera que no hayas estudiado Medicina y que te hayas decantado por las palabras.

Tu padre que te ama

35

Que arree quien viene atrás

He notado, con desencanto, un desencanto que me ha conducido a la apatía en algunas ocasiones, querido hijo, que en este mundo suelen dejar abiertos los grifos, conectados los interruptores, encendidas las luces, abiertas las puertas —y también las ventanas—, inconclusas las obras municipales, no iniciadas las carreras para alcanzar los propósitos, no expresados los sueños... y dicen: «Que arree quien viene atrás».

Nota: Termina todo lo que empieces, y dale final prontamente a lo que mal comienza, o más temprano que tarde empeorará.

Tu padre que te ama

36

La torpeza

Los torpes, hijo querido, abundan en el mundo. Yo comencé mi vida torpemente. Llegaron después días de deslumbrante habilidad que poco a poco fueron cediéndole de nuevo el lugar a la torpeza que se debe a la candidez y al desenfado que te da la certeza de que las cosas nimias ya poco importan. ¡Mira cuán torpe soy al olvidar o, mejor dicho, tratar de olvidar y no ser de ello capaz!

Tu padre que te ama

37

Los hospitales

Esta tarde, cuando empieza a oscurecer, he decidido escribirte acerca de los nosocomios; lo hago porque los he visitado con frecuencia, y algo de ellos he aprendido. Los hospitales son fríos y, contrario a lo que se podría pensar y se comenta entre los poco conocedores, no son nada asépticos. Y te diré por qué, hijo querido que de buena salud gozas: en ellos se reúnen las bacterias y los virus de todas las clases; los hedores y toda clase de agentes infecciosos, desde una

sencilla gripe hasta un espectacular virus de inmunodeficiencia humana. Y todo ello sin que la gente se percate de tal cosa, y hasta piensen que se hallan en el lugar más seguro de todos los que existen sobre la Tierra.

Por si esto te pareciera poco, debo decirte que allí se congregan el dolor, la angustia, las penas, las aflicciones, la viudez, la orfandad, la desolación, el llanto, la tristeza, y solo dos cosas buenas: la meditación y, a veces, hasta la infinita paz que se disfruta cuando reconoces que es hora de dejar de luchar.

Tu padre que te ama

38

Escritores y escribientes

Existen dos tipos de personas dedicadas a la escritura: los escritores y los escribientes. Sí, hijo querido, lo sé: antiguamente llamaban escribientes a los autores. Ahora, sin embargo, nota tú cuánto acierto hay en las palabras del diccionario que los académicos nos han obsequiado.

1

Los escritores, hijo mío, son hombres y mujeres sumamente cultos, inteligentes, locuaces, capaces de expresarse con soltura y poseedores de un encanto arrobador que amenaza la virtud de las mujeres y la estabilidad emocional de otros hombres menos afortunados. Los escribientes, por el contrario, van por la vida sin método, sin objetivos, sin más meta que la comida del mediodía; los escribientes no saben expresarse oralmente, y por eso han inventado la escritura de las epístolas.

Los escritores tienen gran imaginación; los escribientes copian todo de la vida. Los escritores han leído muchos libros; los escribientes solo leen lo que escriben o los libros que les obsequian sus amigos. Los escritores citan de memoria a otros escritores; los escribientes no conocen los nombres de esos escritores citados por otros escritores.

Los escritores conocen a los clásicos, y son asiduos visitantes de las bibliotecas y de los cenáculos literarios; los escribientes no tienen dinero para comprar libros y se protegen del inclemente frío dentro de sus casas.

2

Sé, hijo querido y recordado cuyas letras siempre he admirado, que algún día serás un gran escritor, si no es que ya has alcanzado gloria y fama allende la mar, donde te cobijas lejos de mi vista.

Tu padre, en cambio, está cada día más y más seguro de una sola cosa: siempre será un escribiente que copie al carbón los días de la vida, no un escritor, aunque el maestro Villalobos⁵ amablemente me contradiga. Eso me recuerda que quien besa a tu hijo tu boca endulza; eso lo entenderás el día que me hagas abuelo.

Tu padre que te ama

39 La pintura

Para Julio Humberto Santizo Urrea, quien me dibujó de niño

«Y mis cuentos / que no llegaron a tachones, / no hablan de princesas, / ni de castillos encantados. / Tan solo de lombrices, / tan solo de gusanos».⁶

Cuando yo era tan solo un chiquillo —espero no cansarte con tantas anécdotas de mi edad pueril, hijo querido— pinté un papagayo azul de pecho amarillo. Tu abuelo dijo que no estaba nada mal. Fue mi primer cuadro al óleo, y nunca más me atreví a repetir aquella hazaña pictórica.

Una tarde te vi feliz, porque me quisiste ayudar a pintar un modelo a escala con el cual yo trataba de soslayar el dolor que el aburrimiento que convertirme en adulto me causaba. Yo quería ser un niño otra vez, o por lo menos un adolescente libre. Sin embargo, te reprimí con severidad y con las palabras del demente que vive en mí, en lo más profundo de mi ser. ¡Lo habías echado a perder! Pero entonces yo no entendía que esa no era tu intención, solamente deseabas imitarme y ayudarme.

¡Cuánto lamento haber actuado con cólera, hijo querido! Si todo hubiese sido distinto, quizás tú serías ahora un reconocido artista de la plástica.

⁵ Alusión a Eduardo Villalobos. Poeta, crítico de literatura y editor guatemalteco (1974), quien además ha prologado este libro.

Compra óleos, aceite de linaza, espátulas, pinceles, lienzos y un caballete; quizás olvides algún día los exabruptos incomprensibles de tu padre.

Tu padre que te ama

40 La mar

Cuando era un pequeñuelo, un mocoso y nada más, y no pretendía nada de la vida, tus abuelos y tíos abuelos me llevaban a menudo a las playas del océano Pacífico, hijo recordado y querido que te hundes como el Sol cuando este se baña en el horizonte al disponerse a dormir.

Con el tiempo descubrí que era la Luna la responsable de que de enigmática manera, y con hilos invisibles que nunca podía hallar, se moviesen las aguas de acá para allá; y observaba extasiado aquella inmensidad, mientras me preguntaba qué había allende, donde los buques mercantes se pierden debajo del horizonte.

Nunca pude viajar a través del océano, pero crucé el golfo de México una vez y oteé en el mar Caribe, desde el cielo, buscando con impaciencia aquellos mismos barcos de una niñez no tan lejana, y no los hallé. Hijo querido, el océano siempre será infranqueable para mí; sobre todo ahora, cuando ya no tengo naves que me lleven hacia el ocaso.

Tu padre que te ama

41 Las calles

Las calles se acortan cuando te sientes feliz y se elongan cuando la depresión te abrumba. Ambas cosas suceden como efecto de los pasos de los viandantes, sean estos taciturnos o estén enfundados en la facundia. Es una acción mecánica que transforma constantemente la topografía citadina. Y cada ciudadano posee un particular mapa de su urbe.

⁶ García Barrero, L. Fernando; «Bellas intenciones». En *La balada de un ciempiés*. Inédito. Nota: dicho autor es español (1975); químico y poeta.

Las calles vacías son una buena medicina y traen consigo la divagación; las calles atestadas enferman al caminante.

Esta ciudad, de la cual jamás saldré, está dividida en zonas, y estas zonas no están dispuestas de caótica manera. Sé, hijo querido, que eres muy observador. Ponte de pie delante de un mapa de mi ciudad y notarás que esta se expande como un huracán, o cae dentro de sí misma como una espiral que nos lleva al pasado.

Hijo, querido, deambula por las calles una que otra vez, te hará pensar en mí. Lo sé.

Tu padre que te ama

42

Los padres y los hijos

Para Amalia Leticia Coronado Castellanos (1930-2015), quien me dejaba notas en el refrigerador

Era yo no más que un imberbe, y jamás recibía carta alguna de mis padres, querido hijo. Mientras mi organismo iba haciéndose viejo, me iba dando cuenta de que tus abuelos me conocían menos que mis propios amigos; y muchos años después de enterarme de que ni yo mismo me conocía, supe que ya había llegado la hora de escribir, no una, sino muchas cartas para ti.

Como tú bien sabes, nunca ha sido mío el don de la palabra hablada con la fluidez de los discursos convincentes y sesudos. Sabes también que no soy más que bachiller, y que nunca obtuve los gloriosos títulos que ornamentan las paredes de los sabios y que colman a estas bellas personas de fama y fortuna, y por los cuales son objeto de las más atronadoras ovaciones y fervorosas alabanzas, como si dioses o demiurgos fuesen.

Solamente sé una cosa, con certeza absoluta (aunque no siempre es bueno ser tan taxativo): que no te conozco bien, y no sé nada acerca de tus más recónditas cuitas almacenadas como haces de leña en el horno de tu corazón. Esto se debe a una razón: siempre

estuve lejos de ti, pero bien quisiera, algún día, llegar a conocerte mejor.

Como dije, mis padres —tus abuelos, de los que tú tampoco sabes mucho— jamás redactaron una carta, breve o extensa, para mí; quizás se debía a que los veía poco, aunque vivíamos todos en la misma casa. Han pasado nuestras existencias y aún no han llegado a conocerme (lo sé, me he dado cuenta de ello), y rara vez han intentado abrir su corazón y derramar sus almas delante de mí. Con estas cartas yo lo hago delante de ti.

Tu padre que te ama

43

La misoginia y las amebas

Era yo muy pequeño, hijo querido, en los días esos en que los humanos somos seres asexuados. Pero era feliz. Me importunaban sobremanera las palabras de las niñas, y sus melosidades me hartaban, me desconcertaban y me hacían sentir sumamente incómodo. Por tales razones deseaba... ¡no!, más bien ¡ansiaba!, que los humanos nos reprodujésemos de la manera en que lo hacen las amebas.

Cuando crecí y las hormonas me transformaron paulatinamente, las cosas cambiaron. Entonces llegué a la flor de la juventud, y con ella mis ilusiones se hicieron realidad y mi realidad se transformó en pesadilla. Pero al superar aquellos turbulentos años, finalmente encontré amor apacible que no dejó, sin embargo, de tener que saltar sobre vallas a su paso.

Ahora que soy viejo, maltrecho y nada agraciado, me he encontrado, a pesar de todo, con algunas mujeres que, aunque han rebasado la flor de la juventud y ya deberían ser monumentos a la sosegada sabiduría otoñal o invernal, viven demasiado inquietas, pensando en el hedonismo a toda hora del día. Y sobre estas cuitas le he hablado y escrito largo y tendido a mi amigo Batres.⁷

Ha sido tan grande su descaró, hijo mío muy querido, que hasta algunas me han abierto las puertas a la posibilidad de dedicarme a un oficio destinado

⁷ Alusión a Ariel Batres Villagrán. Economista, historiador y ensayista guatemalteco, conocedor de las letras guatemaltecas y estudioso de la vida y obra de Miguel Ángel Asturias (1958)

tradicionalmente a las mujeres que se entregan al vicio: la prostitución, a lo cual me he negado. Ya mucha agua ha corrido debajo de mis puentes y curado estoy de espantos como para incurrir de nuevo en los mismos errores de antaño. Ya hace mucho descubrí que las jovencitas fogosas transmiten males que hacen de la carne bazofia, y ahora noto que las más maduras —y no menos candentes que aquellas— transmiten el virus de la insania.

Nota: Desde hace varios días tengo entumecida la parte derecha del cuerpo. Supongo que se debe a que dentro de unos días me dividiré en dos, tal como lo hacen las amebas.

Tu padre que te ama

44

Los árboles

Yo siempre he sido como los pinos, hijo querido: rústico, débil, destinado a las tareas más sencillas y a los muebles populares. Me comporto a veces como los sauces llorones que crecen en las riberas de las lagunas. Tú, contrario a mí, que no soy más que un aldeano, eres más bien como el árbol que observé hace unos días con asombro: una gigantesca araucaria.

Tu padre que te ama

45

La humildad y la modestia

Siempre se me ha dificultado ser humilde y modesto. Estas son dos cualidades que no debes confundir jamás, hijo querido. La humildad, en primer lugar, se obtiene cuando reconoces que no eres el centro del universo y que hay muchos más hombres y mujeres en este mundo... llenos, rebosantes de más y mejores cualidades que las tuyas; por consiguiente, eso te obliga a ser modesto, no arrogante, o petulante sabelotodo de mirada altanera. Así pues, hijo mío, no te comportes de manera altiva. Sé que es difícil no hacerlo, y que uno cede fácilmente a la tentación. Pero en ello

⁸ Robert Boyle, científico irlandés (1627-1691), uno de los fundadores de la Royal Society de Londres, considerado padre de la química, recomendaba a los científicos no ser arrogantes ni dogmáticos y admitir sus errores. Lo que descubrió del universo y de la constitución de los seres vivos lo convenció de que tenía que haber un Diseñador y Creador. Rechazó el ateísmo y concluyó que

hay grande satisfacción, y quien te aprecie sin envidia te colmará entonces de honra.

Quiero insistir, hijo recordado, en que a mí se me hace sumamente difícil desplegar esas cualidades, pero quizás se deba a mi bien conocida insania que me ha llevado a cometer desatino tras desatino. Es por ello que te ruego disculpar mis deslices. Espero que al ser juzgado en el tribunal de la vida se tenga en cuenta esa atenuante.

El Creador (y creo lo mismo que Boyle),⁸ por todo lo que he dicho, y por no necesitar de nadie, es con todo el más humilde de los seres, pues toma a sus criaturas en cuenta. Y, por las razones implícitas en su grandioso título de Dador de la vida, no tiene necesidad de ser modesto. ¿Notas ahora cuál es la verdadera diferencia entre la humildad y la modestia?

Tu padre que te ama

46

El café

Desde que eras muy chico te inicié en el rito de beber café. Ahora bien, beberlo puede ser un ritual, como he dicho, pero no pienses en ello simplemente como algo destinado para los místicos de las bebidas que animan el corazón y hacen brillar los ojos y les dan lustre, además de gozo inefable para toda el alma: tu organismo de carne. Beber café es, además, reconocer en el contorno de la taza la delicia que se aproxima a tu lengua y a tu garganta. Así es, hijo querido: siempre amaste el café, pues tu abuela materna y yo lo bebíamos todas las mañanas.

En una taza de café puedes hallar tabaco con sabor marrón, humo acre, jazmines dulzones, yerba seca mezclada con hojas marchitas y de sabor amarillento, cálida amargura, aroma a habitación segura... Quizás sea por todas esas razones, hijo recordado que amas el café tanto como yo, que cada vez que lo bebo pienso en ti, de pie con tu pijama en el vano de la puerta batiente que daba al corredor de la vieja casona, mientras preguntabas qué había sucedido, por

nadie que razonara honestamente podía ser ateo. Sus escritos influyeron en sir Isaac Newton, quien llegó a similares conclusiones que lo convencieron de la falsedad de los dogmas de la cristiandad al concluir que carecían de basamento bíblico. Boyle patrocinó la traducción de la Biblia al árabe, irlandés, malayo, turco y algunas lenguas amerindias.

qué estabas solo en la habitación; lo cual se debía a que los demás bebíamos café.

Nota: Hazte de una taza que sea para ti especial, una que sea solo tuya y de nadie más. Tu abuela paterna conservó la que tú le obsequiaste hasta el día en que se durmió en la muerte.⁹

Tu padre que te ama

47

La manía y la depresión

La manía es, hijo mío, el vértigo que nos hace vagar sin rumbo. Es la paranoia que nos obliga a ver hacia atrás por encima del hombro. Es el zumbido en los oídos, el pánico nocturno que no nos permite dormir en paz... que no nos deja dormir en absoluto. Es tinieblas iluminadas por un solitario haz de luz en medio de las sienes. La manía, hijo querido, es escribir cartas sin cesar, y la querencia de que nunca haya alguna a la cual deba llamar última.

Esos días grises, cargados de apatía; esos días que suceden al exceso de risa... algunos los llaman decaimiento, otros tristeza, desánimo, desaliento: todo lo que en ciertas ocasiones se confunde con el debilitamiento y la postración del abandono. No, hijo mío que transitas a veces por días de pesadumbre —lo sé—, en realidad se trata de una sima negra. Cuando te deprimas, escribe poesía, aunque ya te he recomendado no escribir en absoluto. Discúlpame si a veces me contradigo.

Tu padre que te ama

48

El tren

Escribo estas líneas en un vagón de tren, hijo querido, y recuerdo que, cuando era un niño, viajé a Amatitlán con tu abuela en uno como este. Los trenes son invenciones fascinantes, pues aunque no se muevan nos llevan a todas partes.

⁹ En la primera edición, el verbo se encuentra en presente, pues la madre del autor aún vivía.

¹⁰ En la 18ª. calle y 10ª. avenida del Centro Histórico de la ciudad de Guatemala se encuentra el Museo del Ferrocarril, en el edificio que antaño ocupó la estación central del extinto sistema ferroviario guatemalteco, obra iniciada por el Gobierno en 1877, cuando se

El tren no deja escuchar más su silbato en este país, pero cuando yo era un chiquillo, la idea de que todos los días un tren arrollaba un autobús revoloteaba en mi cabeza.

En aquellos días se podía saber la hora gracias a la puntualidad —para mí proverbial, pues no usaba reloj de pulsera— de los conductores, quienes llevaban sus pesadas máquinas hacia el nororiente y hacia el sur. Los trenes —insisto— están vivos, aunque las vías se hallen bajo un techo y pagues dos quetzales¹⁰ por subir a un viejo y polvoriento vagón comedor de segunda clase del año 1937 que, de repente, podría comenzar a correr sobre las vías hasta tu recuerdo y a los felices días cuando te quedabas dormido sobre mi pecho, cuando yo era para ti como una locomotora.

Tu padre que te ama

49

La ira y la calma

Esto no requiere, mi furibundo hijo, de grandes explicaciones. Tú bien conoces la ira que causa la ausencia de un padre. Cólera, furia, rabia, irritación, enojo, furor, enfado... todo eso quisiera trocar por serenidad y calma para ti y para mí.

Tu padre que te ama

50

La hipocresía y la mentira

Hijo querido, presente en mis pensamientos y en cada una de las cosas que tocabas o de las cuales hablabas: esto es muy importante, y mucha relación guarda con lo que te he escrito hasta ahora acerca de las apariencias.

El fingimiento de lo contrario a aquello que verdaderamente descansa en tu corazón, eso es hipocresía. Pero recuerda, hijo querido, que la hipocresía es también más sutil: decir una cosa y hacer la opuesta. Claro que no siempre se habrá de concluir que es hipócrita el que cometa un desliz y retroceda

firmó el primer contrato con William Nanne y Luis Schlesinger, para unir el puerto San José con Escuintla, y luego, en 1880, realizar la unión de Escuintla con la ciudad de Guatemala.

cuando ya ha dado su palabra. A lo sumo, diremos que no cumple con su *sí*, quizás por temor, quizás por falta de carácter, pero nunca porque se trate de un taimado protervo. Aunque he de decirte que distinguir la iniquidad de la debilidad es un verdadero arte, difícil de dominar, sobre todo si no tiendes a imputar malos motivos y si la amable candidez es tu mayor cualidad.

Hijo mío, la hipocresía siempre va acompañada de mentiras. Fingir es mentir. Así pues, nadie puede declararse totalmente libre de hipocresía. Ni tú ni yo. Aunque debo aclarar algo, hijo querido: guardar celosamente a lo largo de tu vida como un secreto los resultados de tus actos desatinados puede ser conveniente... por un tiempo. Yo, sin embargo, he optado por ir desembarazándome poco a poco de la carga y penas que mis secretos me han impuesto.

Solo piensa que, por más que algo trate de ocultarse, siempre saldrá a la luz. Y esa es una verdad irrefutable, demostrada por la historia y otros sabios libros y refranes. No trates de engañarte a ti mismo creyendo que eres demasiado listo, o que lo eres más que quienes te rodean, o que alguien será tumba tuya. Nadie lo es. De hecho, si quieres difundir un dicho o un hecho, diles a cuantos se lo reveles que no lo hagan. Inmediatamente lo propalarán.

Ahora bien, lo que los demás hagan con tus palabras es asunto de ellos, no tuyo en realidad, si es que has llegado a comprender que no existe razón alguna para tenerles temor a los hombres, que no son más que otros guardadores de secretos o, peor aún, unos hipócritas descarados.

Nota: Todo lo que digas o hagas, al final de cuentas, será ineludiblemente usado en tu contra.

Tu padre que te ama

51

La ortografía y la gramática

Cuando tu padre era un niño, casi una página en blanco, su madre le decía: «Lleva hache, se escribe son zeta, es llana, es aguda». Eso, supe, era la ortografía. Con los años descubrí que había un arte más difícil de aprender: encadenar mis pensamientos, y entendí que eso era la gramática, nada más y nada menos: pensar y decirme las cosas para mis adentros de tal manera que yo las entendiera y luego

otros pudiesen comprenderme (lo segundo no termino de perfeccionarlo, te lo digo con franqueza y un poco de pena, hijo querido).

Un poeta y novelista del *caotismo existencial* guatemalteco escribió de ti y aseguró que tenías intuición gramatical. Eso me llenó de orgullo y me hizo pensar que no había sido en balde el esfuerzo de enviarte a aquel pequeño jardín de niños de nombre alemán, ni comprar aquel libro que me mostró cómo enseñarte el alfabeto; y, años después, haberte iniciado en el mismo oficio que un día yo aprendí y que de alguna manera heredé de tu abuela.

Debo admitir, sin embargo, que poco creo saber de estas hermosas artes, porque siempre habrá nuevas palabras, y nuevas combinaciones, y nuevos pensamientos, y nuevas formas de decir que te quiero y que me alegra haber tenido un hijo como tú.

Nota: Yo solamente soy un tuerto filológico en el país de los ciegos gramaticales.

Tu padre que te ama

52

Los escritorios

Los escritorios están llenos de secretos. Este, sobre el cual escribo las cartas que espero lleguen un día a posarse delante de tus ojos, encubre delitos sentimentales, errores garrafales y millones de letras esparcidas en el aire. Dentro de su única gaveta hay carpetas, sobres, una almohadilla entintada, cinta adhesiva, una lupa, grapas... Sobre él hay algunos libros. ¿Tienes tu propio escritorio, hijo querido? ¡Cuántos secretos sabe guardar un escritorio!

Tu padre que te ama

53

La poesía

Se ha dicho tanto acerca de la poesía, hijo querido, que no creo posible agregar algo novedoso a lo ya escrito. ¿Qué es la poesía? Quizás la poesía no sea más que escucharse a sí mismo con fondo musical.

Tu padre que te ama

54

La noche y los finales

Se acerca el final del día, hijo querido. Supongo que aún no duermes, que quizás estás sentado delante de un escritorio preguntándote hasta cuándo seguirán las cosas de esta manera. En realidad no deberías preocuparte. Más bien, ponles fin a los hábitos que te han llevado a quejarte de esa forma. No hay hombre suficientemente inteligente sobre la Tierra que pueda enderezar lo que ha comenzado torcido (eso lo demuestran los hechos y los dolores que afligen a la humanidad). Así que acaba con ello.

¿Sabes, hijo querido que trabajas delante de un escritorio hasta muy entrada la noche? El mundo está enfermo, y es por nuestra propia culpa. Así que no despotriques, y si cedes a la tentación de hacerlo, vuelve a leer estas cartas y ríe para tus adentros cuando recuerdes que yo soy un médico que no se cura a sí mismo. Mírate al espejo cada mañana y dite que sigues siendo un niño y que un día, probablemente, serás también un viejo.

Que cada noche no llegue en balde. Que cada noche sirva para hacer un balance. Apártate de los que no sirven para nada, acércate sin adulación a aquellos de quienes puedes aprender. Imita lo bueno, apártate de los malos hábitos ajenos y no los imites (suficiente tienes con los propios). Satisfácete con lo que tengas y no busques grandezas. Tarde o temprano, si eres recto, te llegará lo necesario y lo que mereces, y los que realmente te aprecien, comprendan y toleren te darán tu lugar y te colmarán de honra. Y a la mañana siguiente, piensa que es una nueva oportunidad, y que las misericordias del Creador son nuevas cada día.

Tu padre que te ama

55

Los días de lluvia

Hoy, cuando esta libreta se llena finalmente de todos estos sueños convertidos en cartas que deseo enviarte, mis misivas, mis aspiraciones paternas epistolares, llueve. Me pregunto si seguirá lloviendo hasta que amanezca.

Me pregunto si el café que he preparado alcanzará, si será suficiente para mantenerme despierto

hasta que salga el sol. Pienso en ti y en la última carta, que será la siguiente.

No sé si llegarán un día a ti. No lo sé. No sé tampoco si las leerás. Pero, si lo haces, estoy seguro de que comprenderás todas y cada una de ellas.

Tu padre que te ama

56

Las aves y las palabras

Recuerdo con nostalgia, y hasta cierto grado una tremenda tristeza envuelta en culpa, que en tu adolescencia quisiste emprender vuelo, tal como tu padre lo hizo en su propia juventud temprana, ¡pero aquellos, los míos, eran otros tiempos!

Sin embargo, un día volaste y entonces me dijiste que no te había parecido la gran cosa la que pudo haber sido una memorable experiencia. No sé si lo hiciste para castigarme o porque en verdad no te había impresionado realmente.

Yo, por mi parte, aunque no vuelo más, cada vez que veo a las aves surcar el firmamento, no puedo dejar de alzar la cabeza, dirigir mi mirada al cielo y quedar boquiabierto, aunque sean nuestras existencias las que pasen volando por debajo de los años, y los años sobre nuestras cabezas, sobre nuestras vidas, sobre nuestras palabras (que también vuelan y se las lleva el viento), hijo querido y amado a quien tanto extraño.

No olvides escribir algún día, y responder a todas y cada una de estas cartas.

Tu padre que nunca te olvida, en verdad...
¡jamás!, y te ama con todo su corazón.

El canario y la rosa

D. R. 1996, 2016 © Julio Santizo Coronado

Por Ediciones del Jazmín, Guatemala, Centroamérica

Distribución gratuita. Está prohibida su venta.

.....

El canario y la rosa

Para Ruth, mi rosa

El canario y la rosa

La luz dorada del primer equinoccio del año se deslizaba suavemente sobre el manto glauco del jardín. Un agradable vapor empezaba a levantarse desde el suelo entre los arbustos y las flores. El rocío brillaba alegre sobre las hojas oscuras de los rosales. Podía adivinarse un arcoíris en cada gotita de agua que resbalaba de los ápices de las hojas y de cada vértice de corolas en flor. Una ráfaga helada señaló el instante en que expiró la noche. El brillo de la luna agonizaba ante la majestuosidad del resplandor áureo del sol. Los coronaditos iniciaban su tarea; iban y venían, recogían el sustento para las delicadas vidas que crecían en los nidos. Los tordos reanudaban su camino hacia el este, mientras los periquitos volaban en parejas hacia el océano, hacia los maizales escondidos entre la bruma del sur. Un gallo lejano cantaba sobre un techo de láminas oxidadas mientras vigilaba orgulloso a las gallinas y a su nueva pollada, que corría de aquí para allá evadiendo los charquitos dispersos por el patio. Marzo amanecía.

En la parte más florida del jardín, un pequeño botón nacía entre el follaje de un rosal. Los días pasaban calurosos y las espinas protegían al precioso tesoro que crecía en su capullo. Sus hermanas aguardaban el día en que la nueva rosa viera hacia el cielo con sus pétalos abiertos. Sin embargo, la nueva flor no tenía prisa por ver la luz. Se sentía muy a gusto en su cubierta protectora, apoltronada en su mullido receptáculo bañado por la savia de su madre.

Esa mañana, una pequeña manita infantil abrió la portezuela dorada de la prisión de un canario solitario; el travieso descuido liberó al cantor cautivo que voló y voló, ligero, sobre el viento húmedo y tenue del estío eterno de un trópico sin estaciones. Se posó sobre una rama rodeada de jazmines, oteó el jardín con sus diminutos ojos oscuros, curvando su pequeño cuello y dirigiendo su mirada hacia un lado y hacia el otro con nerviosos movimientos amarillos.

Cartas a un hijo ausente

El canario cantó feliz; ya no era prisionero. Las barras de su celda, aunque doradas, eran las de una cárcel. Nunca antes había sentido tanta alegría como ahora, nunca antes había visto tan azul el cielo. Ese cielo de quiebracajete que solo había visto a través de un cristal empañado por el tiempo. Gorjeó, trinó, cantó fuerte y con nuevos sonidos.

La pequeña rosa lo escuchó y, curiosa, se espabiló. Era una llamada diferente. Aquel canto sonaba tan distinto a los que antes había escuchado, que aguzó el oído y se arrellanó en su cuna verde a disfrutar de aquel deleite.

Toda la mañana se llenó de la melodía del canario que se regocijaba con cuanto lo rodeaba y que el Creador le regalaba con bondad amorosa y generosidad abundante. Ante aquello, la pequeña flor no pudo permanecer más en su pimpollo, al fin había algo que la llamaba al jardín. Hizo un gran esfuerzo para abrir los sépalos esmeralda que la protegían con su abrazo. El jardín se llenó de alborozo y gritería, las aves revoloteaban de una rama a otra, de la barda hacia el tejado, del pasto hacia las copas de los arbustos recién podados.

El canario enmudeció cuando observó cómo emergía, de en medio de las hojas, la rosa más hermosa que en su vida había visto. No era como aquellas que observaba desde su jaula, puestas en el jarrón de vidrio. Era distinta, era muy hermosa, ¡y estaba viva!

La pequeña flor se sacudió, extendió sus pétalos violeta pálido, como hojitas de papel de China bañadas en cera y miel. Su aroma era dulce, la fragancia de un perfume inusitado. Poco a poco la rosa se abrió, envolvió el aire con sus pétalos suaves, delicados, casi transparentes.

«¿Dónde estás?», preguntó. Y añadió: «Quiero escucharte, me gusta tu voz». El canario se veía diferente, era distinto entre aquellos coronaditos color de avellana, los tordos marrones y los clarineros negrizules. Emitió un breve gorjeo. La rosa lo reconoció y dijo: «Sabía que eras tú. Tu color es diferente».

Embelesado por el encanto de la rosa, el canario cantó y cantó toda la mañana, por la tarde y hasta el anochecer. Finalmente, la pequeña rosa se quedó dormida. Bajo la luz brillante de la luna, él se acurrucó junto a ella y aspiró su aroma. Todos los días

de su vida los había pasado en una celda dorada, comía del alpiste que una mano le entregaba y bebía del agua que su dueña le obsequiaba. Dormía bajo un fanal, en una habitación caliente, no estaba acostumbrado a las noches frías ni a buscar su alimento.

Finalmente se quedó dormido a los pies de la rosa. Entonces soñó que él también era una flor que se abría. Ahora que había visto el jardín no quería volver a volar, quería ser una flor para poder estar junto a la rosa por siempre. Quería ser un jazmín galante para poder marchitarse junto a la dulce rosa de raro color de violeta.

La oscuridad estival fue inusitadamente fría. El rocío de la noche cubrió sus plumas amarillas. El brillo de sus ojos se apagó. A la mañana siguiente, unos pasos chiquititos se escucharon en el jardín. Una pequeña nariz aspiró el aroma de una nueva rosa en flor, unos ojitos cafés brillaron al contemplar aquel encanto. El diminuto zapatito tropezó con algo que yacía sobre el pasto húmedo. Era el canario. Estaba muerto, pero su canto había hecho posible el nacimiento de una nueva flor.

12 de febrero de 1996

.....

Julio Santizo Coronado

Acerca del autor. Julio Santizo Coronado nació en la ciudad de Guatemala en noviembre de 1965. Cursó el bachillerato en ciencias y letras en la Escuela Experimental y de Aplicación Mirón Muñoz, adscrita a la Facultad de Humanidades de la Universidad Rafael Landívar (1981 – 1982). Fue piloto aviador estudiante y piloto aviador privado durante su adolescencia (1982 – 1984). Estudió en Alianza Francesa de Guatemala (1984 – 1986). Se desempeñó como telefonista y operador de télex en un hotel, maestro de secundaria en un liceo para niñas y como corrector de pruebas en una agencia de publicidad durante su juventud (1985 – 1988). Trabajó para el Ministerio de Educación de Guatemala y para la Fundación para la Promoción de la Educación Rural en Centroamérica, Funeduca (1988 – 1996). Estudió Letras en la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala (1989 – 1993). Trabajó como corrector de textos y diseñador para el Centro de Documentación e Investigación Maya, Cedim (1997 – 1999) y como revisor de estilo y de pruebas, editor auxiliar y redactor en varios periódicos guatemaltecos durante 12 años (1999 – 2011). Ha sido corrector independiente y editor; ha revisado trabajos literarios y de otra índole para casas editoriales, autores independientes y revistas. Está retirado, pero colabora desde 2013 con Editorial Santillana.

.....

«Bueno le es al hombre físicamente capacitado llevar el yugo durante su juventud.
Que se siente solitario y se quede callado, porque él le ha impuesto [algo].
Que ponga su boca en el mismísimo polvo. Quizás exista una esperanza».
(Lamentaciones 3:27-29)

.....

«Acuérdate, ahora, de tu Magnífico Creador en los días de tu mocedad, antes que procedan a venir los días calamitosos, o hayan llegado los años en que dirás:
“No tengo en ellos deleite”; [...]»
(Eclesiastés 12:1)

.....

**Traducción del Nuevo Mundo de las
Santas Escrituras**

.....

Títulos del autor por Ediciones del Jazmín

Poesía incompleta

(rústica, dos ediciones, agotado)

Poesía incompleta

(3ª. edición revisada, gratuita)

Relatos para la pira

(rústica, agotado)

Cartas a un hijo ausente

(rústica, 1ª. edición, agotado)

Cartas a un hijo ausente

(2ª. edición revisada, gratuita)

Palabras del agua y de la mar

(edición gratuita)

Relatos para la pira

(1ª. edición, rústica, agotada)

Todos los relatos para la pira

(revisión de **Relatos para la pira**, gratuita)

Noviembre y otros cuentos

(edición gratuita, por entregas)

Poesía innombrable

(edición gratuita)

Pequeño diario para una madre dormida

(edición gratuita)

Las horas de mi madre

(edición gratuita)